

El reloj de los diez mil años

Entrevista con Francisco García Daza, autor de *Can Folch. Memoria de una fábrica (1886-1987)*

El reloj de los diez mil años es el Reloj Long Now.

Se trata de un proyecto de The Long Now Foundation («*Long-term thinking*»), entidad norteamericana que pretende construir un artilugio que mida el tiempo durante los próximos diez milenios. Algo así como un despertador al que nunca le suene la campana.

El multimillonario Jezz Bezos ha contribuido con 42 millones de euros a esta idea un tanto loca.

Bezos, presidente ejecutivo de Amazon («*Ahorra en miles de productos*»), ha anunciado que va a recortar diez mil puestos de trabajo de su imperio logístico y tecnológico.

«Es una multinacional con beneficios. No se entendería si no conociéramos la obra de Karl Marx, que habla de que a mayor concentración de capital, mayor explotación. Es decir, menos operarios contratados directamente y más externalización, con lo cual las condiciones laborales empeoran aún más. Es la gran paradoja. A más ganancias, mayor acentuación de la explotación. Nos acercamos cada vez más al siglo XIX», ilustra Francisco García Daza (Barcelona, 1963), hombre de talante negociador y muy apegado a los terruños de las memorias colectivas, que es la memoria que se empalma a las conexiones seguras de la sociedad. «En el fondo, estos tipos no han inventado nada. Ya las tejedoras que trabajaban a domicilio a destajo hacían teletrabajo, y así carecían de menos derechos al no estar sujetas a la legislación...»

A su manera, Francisco García es historiador. Realmente, es uno de los viejos proletarios, un «maquinista de envasado», desde hace más de tres décadas, en la fábrica de pinturas y esmaltes Titán («*Encuentra tu color*»). A su juicio, los modernos proletarios serían los *riders* (repartidores), las *kellys* (señoras de la limpieza en hoteles) y los machacas de las obras (paletas).

Así que, si tuviéramos que definirle, sería como historiador proletario o historiador del movimiento obrero o prolehistoriador, más útil que la prehistoria (en latín, *proletarius* significa pobre).

Francisco ha publicado el extenso ensayo *Can Folch. Memoria de una fábrica (1886-1987)* (Ediciones Carena, 2022).

«Tenía la pulsión de escribir sobre el pasado industrial desde el punto de vista de los obreros. Por su tejido fabril, Barcelona siempre ha sido cuna de revolucionarios anarquistas, socialistas, republicanos..., formados a través de sus ateneos y sus casas del pueblo. Ellos construyeron la ciudad que hoy disfrutamos, y esa Barcelona vende cosmopolitismo sin acordarse de los que lo trajeron. Se ha borrado la memoria de los currantes, como si se hubieran extinguido», reclama Francisco. La motivación «personal y sentimental» para escribir la obra la ha encontrado en el recuerdo de su propio padre, Francisco, que descargaba sacos de linaza en Can Folch, fábrica de hielo de Poblenou ya desaparecida que también hizo las funciones de destilería y harinera.

«Mi padre solo se acuerda de aquella factoría que era un lugar muy frío», explica Francisco, cautivado por los conflictos y las zonas marginales. «En 1971 cesó la actividad en la fábrica. Los dueños dejaron los terrenos en barbecho para especular y conseguir la recapitalización. El edificio se debía conservar como bien patrimonial, pero las excavadoras se lo llevaron por delante... Se puede decir que era una muerte anunciada.»

El pasado del prole historiador Francisco García Daza se lee en las hojas sindicales del Co.Bas («*Plan de emergencia social para la clase trabajadora*»), las «comisiones de base» que ayudó a levantar.

«Mis padres procedían de la localidad jienense de Alcalá la Real. Se instalaron en las barracas de la Trinitat Vella [Sant Andreu]. No es de extrañar que con 15 años yo me afiliara a las juventudes del PSUC», asume. «Lo que me interesa de verdad es la cuestión social. No hacer el relato corporativo, sino documentar el día a día de las plantillas.»

Donde existió Can Folch durante más de un siglo se erigen los pisos de la villa olímpica que sirvió de alojamiento a los deportistas en los Juegos Olímpicos de Barcelona. Solo queda la chimenea. Y no aguantará diez mil años.

Jesús Martínez